

le habia sido prometido tu país y que nadie más que él tenia derecho y poder sobre todos sus habitantes.

« Sabrás, Garbullo, que con arreglo á nuestras leyes, se ha señalado por morada una parte grande ó pequeña de la tierra á cada una de las razas de espíritus superiores, buenos ó malvados, que pueblan el mundo de las hadas y de los genios; pero el derecho en cuestion se limita á cierto número de siglos ó de años, y luego cambiamos de residencia á fin de que la misma porcion de tierra no sea eternamente perversa y desgraciada. Así se explica que las naciones florecientes caen en la barbarie y las naciones bárbaras se hacen florecientes, segun nuestras influencias buenas ó malas que reinan en ellas.

« La reina de las hadas es tan justa como puede serlo, teniendo que habérselas con tantos espíritus maléficos contra los cuales los buenos han de estar en guerra y lo están desde el principio del mundo; pero está escrito en el libro de las hadas que los espíritus malos, hijos de las tinieblas, acabarán por corregirse y que la reina no debe ni exterminarlos ni privarles de los medios para enmendarse. Tiene, pues, que escuchar sus promesas, que creer á veces en su arrepentimiento y que permitirles emprendan nuevas pruebas. Cuando ellos han abusado de su paciencia y bondad, los castiga obligándolos á vivir años ó siglos bajo la forma de ciertas plantas y ciertos animales. Todos poseemos la facultad de trasformarnos así, segun se nos antoja; pero cuando sufrimos la metamórfosis por castigo, no podemos abandonar la forma que se nos impone, en tanto que la reina no revoque lo mandado.

— Estoy seguro, dijo Garbullo, que jamas habeis sido castigada de ese modo.

— Cierto, respondió modestamente la reina de los prados; pero volviendo á tu historia, sabrás que en aquella época el rey de los abejones que habia gobernado tu país unos cuatrocientos años ántes, devastándolo y maltratándolo horriblemente, sufría desde aquel

tiempo un infame castigo. Era simple abejon, animalucho estúpido, condenado á arrastrarse, á robar y á zumbar sobre una añosa encina de la selva, que él mismo habia plantado antiguamente cuando fué amo y tirano de la comarca.

— ¿Cómo puede existir un genio bajo esa forma vil y vivir siglos enteros lo mismo que los animales? preguntó Garbullo.

— Eso sucede todos los dias, respondió la hada. Nada le distingue de los demas animales si no es el sentimiento de su miseria, de su afrenta y de su deplorable inmortalidad. Trescientos ochenta y ocho años hacia que vivia trasformado así el rey de los abejones cuando tú viniste al mundo; muy largo te parecerá ese tiempo; pero ten entendido que en la vida de los seres inmortales es cortísimo y por tanto no era muy duro el castigo.

— ¿Y cómo es, preguntó Garbullo atento á todo, que el rey de los abejones, trasformado en simple abejon estaba en el palacio de la reina de las hadas cuando fuisteis á pedir permiso para hacerme dichoso?

— Fué, respondió la reina de los prados, porque cada cien años, como quien diria cada hora entre vosotros, la reina reúne su consejo y permite á todos su

subordinados, áun á los que sufren una trasformacion afrentosa sobre su tierra, que comparezcan ante su tri-



bunal para que pidan alguna gracia, ó den cuenta de alguna mision ó demuestren algun arrepentimiento. Pero los genios maléficos son orgullosos y rara vez se arrepienten con sinceridad. El rey Abejon más bien estaba allí por hacer burla de la reina, y no pudo dudarse cuando la recordó que segun su propia sentencia, su pena espiraria á los cuatrocientos años, en cuyo

tiempo volvería él a tomar el imperio de tu país. « Por tanto, decia, el Garbullo me pertenece, y la reina de los prados (quiero callar los groseros epítetos que me aplicó) no tiene derecho para quitármele é instruirle á su capricho. » La reina de las hadas reflexionó y luego se pronunció en los términos siguientes : « La reina de los prados que es mi hija, ha dotado á ese niño de mansedumbre y de bondad ; nadie puede anular el don de una hada hecho sobre una cuna. Garbullo será pues, humilde y bueno ; pero es mucha verdad que Garbullo os pertenece. Para arreglarlo todo voy á tomar una medida que si sois razonable os impedirá que le causeis ninguna molestia. Sabreis que sólo él podrá libertaros de vuestra condena. El dia en que os diga : « Anda, y sé feliz, » cesareis de ser un simple abejon, podreis abandonar vuestra añosa encina y reinar en el país. Pero tendreis presente que habeis de hacer á Garbullo muy dichoso, pues el dia que se le antoje dejaros, yo permitiré á su madrina que le proteja de vuestras asechanzas y si vuelve luego para castigaros por vuestra ingratitud, no os prestaré ningun socorro contra él. »

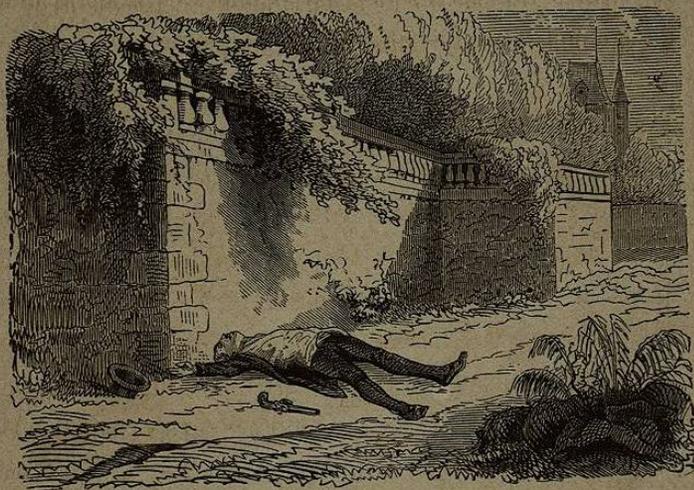
« Y sobre esto la reina dió por terminado el consejo, yo me vine á mi isla y el rey de los abejones se fué á

su encina, donde doce años despues, contados dia por dia, tu bondad te hizo pronunciar estas palabras fatales : *Anda, y sé feliz.*

« Inmediatamente el malvado insecto que te habia picado volvió á ser rey de los abejones y tomó al instante el nombre del señor Abejon, pues la reina le habia prohibido que se presentara con las armas en la mano y no podia ni desposeer al antiguo rey, ni hacerse poderoso por la fuerza.

« Ya has visto, Garbullo, lo que ha hecho ese genio maléfico : ha seducido y corrompido á los hombres de tu país con sus riquezas ; ha aumentado su poder casándose con la princesa de las abejas, que es en realidad la princesa de la avaricia ; ha enriquecido á muchos poniendo floreciente el país en apariencia ; pero sin perseguir á los pobres se las ha gobernado de tal modo, que los deja morir de hambre porque ha hecho egoistas y malvados á los ricos. Cada dia los pobres han venido á ser más ignorantes y malos por las penalidades que sufren ; tanto que todo el mundo se detesta en ese desdichado país, donde se mueren muchas personas de tedio y de pena, y hay tambien quien se mata por hastío de la vida, teniendo más que lo suficiente para no desear nada en la tierra.

« Así pues, Garbullo, continuó la reina, hace ya cien años que has dejado tu país del modo que había



anunciado la reina de las hadas. Tu buen corazón no ha podido soportar el horror natural que te causaba el rey de los abejones. Quiso esclavizarte y pudiste huir de sus garras; ahora reina y sigue viviendo puesto que es inmortal; pero se hace el viejo y habla sin cesar de su próximo fin para que no se inquieten sus súbditos. Tus padres ya no existen. No hay una sola en vida de todas las personas que has conocido. La riqueza ha crecido en ese país al nivel de la maldad; los hombres se matan

unos á otros, se roban, se arruinan, se aborrecen de muerte. Los pobres imitan á los ricos; se matan entre sí y roban á los ricos lo más posible: es aquello una guerra continua. Las abejas, los zánganos y las hormi-



gas se entregan á un trabajo incesante para perjudicarse y devorarse mutuamente, y todo esto proviene de que el espíritu de avaricia y de rapiña ha sofocado los sentimientos de bondad y complacencia en todos los corazones, y también de que se ha olvidado una gran ciencia que sólo tú posees entre todos los hombres nacidos en esa tierra de desgracia. »

Garbullo comenzó por llorar la muerte de sus padres, como si hubiesen sido dignos de sus lágrimas y

los habria llorado largo rato si la reina de los prados que deseaba atendiera á sus discursos, no le hubiese obligado á tranquilizarse con una de sus mágicas sonrisas. Sintiendo entónces que se despertaba como de un sueño, el pasado se oscureció á su vista y no pensó más que en el porvenir.

« Mi querida madrina, exclamó, decís que sólo yo entre todos los hombres de mi país, poseo una gran ciencia. En otro tiempo me repetian sin cesar que yo era un simple. El rey de los abejones quiso instruirme y durante tres años me hizo estudiar la ciencia de los números, sin que esos conocimientos me hayan aprovechado en lo más mínimo. Me trajisteis aquí donde me habeis dado cien años de placeres y felicidades que ni por asomos conocia; pero nadie ha pensado más que en divertirme, en acariciarme, en ponerme contento, y de veras, he estado tan contento, tan alegre, me he entregado tanto á los goces y quizas á las locuras de la fiesta, que jamas se me ha ocurrido hacer ninguna pregunta y por consiguiente no estoy más adelantado en la magia que el primer dia. No puedo ser otra cosa que un necio ó un atolondrado de lo que me da mucha vergüenza, pues se me figura que en el espacio de cien años habria debido aprender todo lo que puede saber un mortal

cuando vive en medio de las hadas y de los genios.

— Garbullo, dijo la reina, te acusas sin razon y te engañas completamente si crees que nada has aprendido. Vamos á ver, interroga tu propio corazon y dime si no posees el secreto más maravilloso que hayan podido presentir los mortales.

— ¡Ay! madrina, respondió Garbullo, no he aprendido aquí más que una cosa, y se reduce á amaros con todo mi corazon.

— Perfectamente, replicó la reina de los prados, ¿y qué otra cosa te han dado á conocer mis hijos?

— La dicha de ser amado, contestó Garbullo, dicha que anhelaba sin conseguirla nunca.

— Pues nada más bello ni que sea más verdad puede enseñarte nadie. Tú sabes lo que ignoran los hombres de tu país, lo que han olvidado completamente, lo que ni siquiera sospechan. Eres mágico, Garbullo, eres un genio benéfico, tienes más ciencia y sabiduría que todos los doctores del reino de los abejones.

— Siendo eso así, exclamó Garbullo que comenzaba á ver claro en sí mismo y no se creia ya tan tonto, la ciencia que me habeis dado curaria á los habitantes de mi país de su malicia y de sus penalidades.

— Seguramente, respondió la reina; pero ¿qué te

importa á tí, hijo mio? Ya nada tienes que temer de los malvados y aquí estás al abrigo de las venganzas del rey de los abejones. Serás inmortal mientras habites en mi isla, jamas ningun pesar, pasarás los dias en siglos de fiestas. Olvida la malicia de los hombres y déjalos entregados á sus infortunios. Volvamos ahora al concierto y al baile pues en tu honor quiero prolongar los festejos una jornada entera de cien años. »

Garbullo consultó á su corazon ántes de responder y de repente se le ocurrió esta idea : « Lo que mi



madrina me dice es una prueba; si aceptara dejaria de estimarme y yo mismo tampoco me estimaria : » Y arrojándose á los brazos de su madrina exclamó : « Madrina, quiero una sonrisa para no morirme de pena al dejaros, pues tengo que apartarme de vuestro lado. Aunque me haya

quedado sin padres ni amigos en mi país, soy hijo de ese país y le debo mis servicios. Siendo rico, puesto que poseo el más bello secreto del mundo, debo utilizarle en beneficio de esas pobres gentes que se aborrecen y que

por tanto son bien dignas de lástima. Por más que yo sea feliz como un genio, gracias á vuestras bondades, no por eso dejo de ser un simple mortal y quiero dar parte de mi ciencia á los demas mortales. Me habeis enseñado á amar; y sucede que amo á esos malvados y á esos locos que quizas me aborrecerán, lo que no impide que mi deseo sea el de volverme con ellos. »

La reina abrazó á Garbullo, mas no pudo sonreirse. « Anda, hijo mio, le dijo; mi corazon se despedaza con esta separacion; pero te amo más todavía porque comprendes tu deber y que mi ciencia ha fructificado en tu alma. No te doy ni talisman ni varilla para proteger tu vida contra las empresas de los pícaros abejones, pues está escrito en el libro del destino que todo mortal humanitario debe arriesgarlo todo, hasta su propia existencia. Sin embargo quiero ayudarte á mejorar la condicion de los hombres de tu país : te permito, pues, que cojas en mi prado cuantas flores quieras llevarte, y cada vez que hagas respirar una de ellas á un mortal, verás que se suaviza y se hace más tratable : tu entendimiento consumará la obra. Por lo que toca al rey de los abejones y á su familia, tiempo hace ya que estarian corregidos si eso dependiera de mis flores, pues desde el principio del mundo se alimentan con sus mejores ju-

gos; pero eso no ha podido cambiar su carácter brutal, cruel y ávido. Guárdate cuanto puedas de semejantes tiranos; yo trataré de auxiliarte; mas sin embargo, no te oculto que la lucha será terrible y peligrosa, y que no me es dado pronosticar su desenlace.»

Garbullo recogió un grueso ramillete miéntras llo-



raba y suspiraba. Todos los habitantes de la isla feliz habian desaparecido; estaba concluida la fiesta, sólo que, cuantas veces se bajaba Garbullo para cortar una planta, oia una vocecilla quejumbrosa que le decia:

« Coge, coge, querido Garbullo, coge mis hojas, mis flores, mis ramajes, y que te sirvan mucho, y ojalá vuelvas pronto. »

Muy oprimido tenia Garbullo el corazon; habria querido besar á todas las yerbas, á todos los árboles, á las flores todas de aquel prado. Por fin se fué á la orilla donde le esperaba su madrina que tenia en la mano una rosa de la que arrancó una hoja para dejarla caer en el agua, despues de lo cual dijo á Garbullo:

« Ahí tienes tu embarcacion, anda y sé dichoso en la travesía. »

Le abrazó con ternura y Garbullo saltó á la hoja de rosa y en ménos de dos horas llegó á su país.



En cuanto llegó á tierra acudieron muchos marineros maravillados al ver á un niño en una hoja de rosa,



pues debe advertirse que Garbullo no habia envejecido ni de un dia en los cien años que acababa de pasar en la isla de las Flores; seguia teniendo sus quince años y como era pequeño y menudo para su edad, nadie le habria dado más de doce. Pero los marineros no se entretuvieron mucho en admirar á Garbullo y su modo de viajar; no pensaron más que en apoderarse de la hoja de rosa que verdaderamente era notabilísima, grande como un barquichuelo y tan sólida que no dejaba penetrar en su hueco ni una gota de agua.

«Dinero vale esa nueva invencion, decian los marineros; ¿cuánto quieres por ella, muchacho?»

Y como todos eran ricos se apresuraban á ofrecer los bolsillos á Garbullo, pujando á porfía y amenazándose unos á otros.

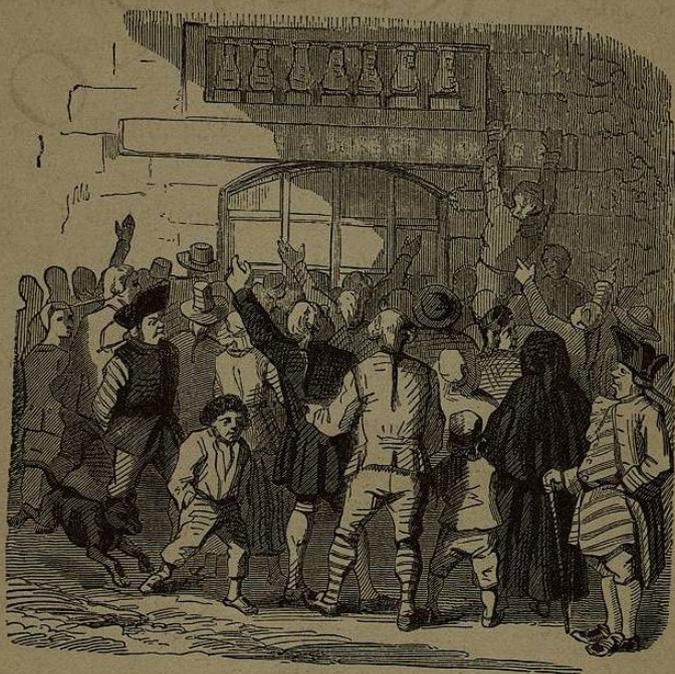
«Si os gusta tanto mi barca, tomadla,» dijo Garbullo.

En cuanto hubo hablado así los marineros se arrojaron como furiosos sobre la barca, golpéandose, arrancándose el pelo y lanzándose al mar unos á otros para obtenerla. Pero como la barca era una hoja de rosa de la isla encantada, en cuanto la tocaron sintieron los efectos de su virtud; se calmaron con su olor delicioso y en vez de continuar la pelea, convinieron en conservar la barca para todos ellos á fin de enseñarla como una curiosidad á beneficio de todos.

Concluido el trato dieron las más expresivas gracias á Garbullo por su generoso regalo y aunque todavía conservaban modales bruscos, le convidaron sinceramente á que comiera con ellos y se hospedara en la casa que más le agradara de todas las de los marinos.

Garbullo aceptó la comida y como llevaba los vestidos con que salió del país hacia cien años, fué como un objeto curioso para toda aquella poblacion marítima. La gente se agolpó á la puerta de la taberna

donde comia con los marinos y habiéndose esparcido la noticia de su llegada en una hoja de rosa, se amo-



tinó la muchedumbre y comenzó á gritar que era preciso apoderarse del muchacho, encerrarle en una jaula y enseñarle en todo el país por dinero.

Los marineros que habian convidado á Garbullo trataron de rechazar á aquella multitud; pero cuando

vieron que crecia por instantes aconsejaron al chico que se escapara por una puertecilla falsa y que se escondiera : « Son gentes muy malas, le dijeron, y capaces de mataros en la refriega para apoderarse de vuestra persona.

— Voy á su encuentro, contestó Garbullo levantándose, y los calmaré.

— No hagais eso, exclamó una anciana que servia la comida, porque os sucederia lo que al difunto Gar-



bullo, que segun me contó mi abuela, se ahogó en el rio queriendo librarse de la lluvia. »

Garbullo estuvo á punto de soltar la carcajada; se levantó y abriendo la puerta se fué en medio de la muchedumbre llevando delante su ramillete que apli-

caba con presteza á las narices de los que querian echarle mano. Así que hubo hecho la experiencia sobre unas cien personas, estas le rodearon para protegerle contra las demas; y poco á poco, como las flores de la isla encantada no se marchitaban y esparcian siempre un perfume que no habria absorbido la respiracion de cien mil hombres, toda la poblacion de aquel puerto se calmó como por milagro. Entónces en vez de querer encerrar á Garbullo, cada cual quiso festejarle, ó por lo ménos hacerle preguntas sobre su país, sus viajes, la edad que tenia y sobre su capricho de navegar en una hoja de rosa.

Garbullo contó pues, que llegaba de una isla á la que todo el mundo podia ir con la única condicion de que el carácter de la persona fuese bondadoso y capaz de amar; habló de la felicidad que allí se disfrutaba, de la belleza, la tranquilidad, la libertad que reinaban entre sus excelentes habitantes; y por último, sin decir nada que pudiese hacerle reconocer por aquel Garbullo cuyo nombre habia venido á ser proverbial y sin comprometer á la reina de los prados en el reino de los abejones, enseñó á aquellas gentes la maravillosa ciencia de amar y de ser amado que habia aprendido él.

Al pronto le escucharon riéndose y diciendo que no estaba en su sano juicio, pues los súbditos del rey Abejon eran muy burlones y no creian en nada ni en nadie. Sin embargo, les divirtieron mucho las narraciones de Garbullo y todo les agradaba en él, su sencillez, su lenguaje y vestidos á la antigua, los cuales á fuerza de vejez les parecian nuevos, su modo gracioso y claro de decir las cosas y una gran cantidad de cancioncillas, fábulas, cuentos y apólogos que jugando y riendo le habian enseñado los silfos en la isla de las Flores. Las damas y los señoritos de la ciudad se lo disputaban y apreciaban tanto más la sencillez del muchacho cuanto que el lenguaje de ellos habia venido á ser muy alambicado y pretencioso; por poco habrian dicho que era Garbullo un prodigio de inteligencia, un sabio precoz que habia estudiado los autores antiguos, un poeta que hacia una revolucion en la república literaria. Los ignorantes no iban tan allá: se contentaban con oírle sin cansarse y aunque no comprendian la significacion de sus cuentos y canciones, lo cierto es que se sentian más felices ó mejores cuando Garbullo cantaba ó hablaba.

Garbullo pasó ocho dias en aquella ciudad y luego se trasladó á otra. Gracias á sus flores y á su bonito